

MARIO MENDOZA
VÍRGENES *y*
TOXICÓMANOS

MARIO MENDOZA

VÍRGENES Y TOXICÓMANOS

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL MUNDO CONOCIDO

CAPÍTULO I

Antón	15
1	17
2	23
3	27

CAPÍTULO II

Martín	31
1	33
2	37
3	41

CAPÍTULO III

Karla	45
1	47
2	53

CAPÍTULO IV

El Cuarto Rosa	59
1	61
2	65
3	69

CAPÍTULO V

Matías.....	73
1	75
2	81

CAPÍTULO VI

Katherine	87
1	89
2	93
3	97

CAPÍTULO VII

Los Elementales	101
1	103
2	107
3	111

CAPÍTULO VIII

Los bajos fondos	115
1	117
2	121
3	125

CAPÍTULO IX

La Mujer Escarlata.....	129
1	131
2	135
3	139

SEGUNDA PARTE

EL MUNDO DESCONOCIDO

CAPÍTULO X

Los Caballeros del Círculo Solar	145
1	147
2	151
3	155

CAPÍTULO XI

Pequeños trucos.....	161
1	163
2	167

CAPÍTULO XII

Un experimento.....	173
1	175
2	181

CAPÍTULO XIII

Los guardianes	187
1	189
2	193
3	197

CAPÍTULO XIV

Planos cuánticos	201
1	203
2	209

CAPÍTULO XV

El Rapto.....	215
1	217
2	221
3	227
4	229

EPÍLOGO

1	235
2	239
3	243
4	247

AGRADECIMIENTOS.....	251
----------------------	-----

Antón Echeverry siempre había tenido un principio de realidad fijo. Su vida oscilaba entre unas rutinas estrictas que le daban seguridad y tranquilidad. No había grandes altibajos ni sucesos extraños que alteraran esa paz. Acababa de cumplir cuarenta y nueve años y sentía que no tenía asuntos pendientes consigo mismo. Se sentía satisfecho con su trabajo (había defendido durante más de veinte años los derechos humanos en las zonas más apartadas de Colombia), tenía una buena posición económica y no le faltaba nada. Pero de un momento a otro se presentó un punto de quiebre, un agujero negro que lo había obligado a cargar dentro de sí una especie de melancolía para la cual no encontraba ningún antídoto posible.

La causa la conocía de sobra: tres años atrás, a la salida de una reunión de trabajo, su esposa Valentina había sufrido un accidente automovilístico. La condujeron en una ambulancia a la clínica más cercana y los médicos no pudieron salvarla. Cuando Antón llegó afanado, tembloroso, sin creer lo que había sucedido, ya era tarde: ella acababa de fallecer en Urgencias. Ese fue el suceso que fracturó su vida para siempre.

Lo curioso del accidente es que la muerte de Valentina no fue lo más doloroso. Al principio sí, por supuesto. La noticia lo dejó devastado, en llanto, con una sensación de orfandad de la

cual no podía desprenderse. Pero el verdadero horror empezó cuando la aseguradora le explicó, después de una exhaustiva investigación, que no podían pagarle el monto del seguro de vida porque su mujer estaba ebria al momento del choque. Antón se negó a aceptar ese argumento y exigió las pruebas respectivas. En efecto, Valentina no solo había ingerido altas dosis de vodka, sino que sus exámenes de sangre indicaban también consumo de cocaína y éxtasis. No podía ser. Ella no bebía jamás y mucho menos iba a ponerse en el plan de mujer alocada a comprar y consumir sustancias prohibidas. Esa no era ella. Algo andaba mal.

Cuando Antón empezó a averiguar con las amigas de trabajo de Valentina, notó enseguida que ellas se ponían a la defensiva, como si él estuviera cometiendo una falta muy grave a su memoria. Eso aumentó sus sospechas. Eludían las preguntas, salían con evasivas y finalmente se ofendían y se retiraban sin darle una sola información que le fuera útil. Era evidente que estaban ocultando información, que le estaban cuidando la espalda a su esposa.

Decidió, entonces, contratar a un detective. Le explicó la situación y le dijo que deseaba saber cuál era la vida secreta de su esposa. El tipo le pidió un anticipo y le aseguró que en un mes le tendría alguna respuesta. En efecto, cuatro semanas después el sabueso se reunió con él y le dijo mientras sacaba de una carpeta varias fotografías:

—He seguido las pistas de las tarjetas de crédito y he tenido que hackear su correo electrónico y su WhatsApp.

—¿Y? —dijo Antón con una ansiedad que le hacía doler la cabeza.

—Su mujer se veía con este fulano —dijo el detective poniendo unas fotografías aparte.

—¿Quién es ese tipo?

—Armando Segura Potes, ingeniero de sistemas, treinta y cinco años, soltero, alcohólico, adicto a la cocaína y a la buena vida. Aparte de su mujer, con todo respeto, tenía dos amantes más.

—No puede ser.

—Un vividor, un sinvergüenza. Buscaba mujeres casadas y les ofrecía un poco de acción a cambio de algunos regalos.

—¿Qué regalos?

—Relojes, pasajes a la costa, reservas en buenos hoteles.

—¿Cuánto dinero se gastó Valentina en ese imbécil?

—Calculé, así por encima, unos cuarenta millones de pesos.

—¿Cuarenta millones? —dijo Antón abriendo los ojos de par en par y recordando que estaban ahorrando juntos para cambiar de casa y comprar una más grande.

—Es un cálculo aproximado.

—¿Y de dónde sacó toda esa plata?

—Primas de trabajo, bonificaciones y el resto fueron anticipos en sus tarjetas de crédito.

—¿Y se enamoró de semejante mamarracho?

—Eso sí no se lo puedo asegurar —dijo el detective poniendo otra secuencia de fotos sobre la mesa—. Lo que sí pude averiguar es que inició a la señora Valentina en el sado-masquismo.

—¿Qué? Es como si estuviéramos hablando de otra persona.

—Estas imágenes son de un club BDSM que queda en Chapinero. Ella no está en las fotografías, pero es para que se haga una idea. Él la llevaba a ese lugar una vez al mes. No solo la amarraban y la golpeaban, sino que la colgaban del techo desnuda y luego la integraban a orgías con cinco o seis personas más.

—No quiero mirar —dijo Antón y se levantó de la mesa a tomar un poco de aire.

—Lo siento mucho —dijo apenado el detective—. Pedí permiso para sacar algunas fotos de los aparatos.

Antón no podía dejar de pensar en su esposa decente y recatada convertida de repente en una integrante de una escena porno. ¿Con quién se había casado? ¿Con quién había pasado los últimos veinte años de su vida? ¿Cómo era posible que lo hubiera engañado de esa manera? No podía dejar de preguntarse cuántas veces había llegado después de esas noches de orgías desenfrenadas a besarlo a él, a cenar y a dormir a su lado. Qué asco.

Finalmente, regresó a la mesa y le dijo al detective:

—No quiero saber más. ¿Cuánto le debo?

—Antes es mi deber decirle que su esposa sí consumía sustancias psicoactivas: cocaína, éxtasis y marihuana. Se aficionó a ellas en los moteles y en el club sado para disfrutar aún más las orgías.

—Suficiente. ¿Cuánto le debo?

El detective cobró y Antón le pagó con tal de que se fuera de inmediato. Necesitaba estar solo.

—¿Le dejo las fotos de los aparatos? —preguntó el hombre antes de salir.

—Llévese todo, por favor —le respondió Antón sintiendo que el dolor de cabeza se le incrementaba segundo a segundo.

El hombre salió y él se recostó en el sofá con la cabeza entre las manos. Sabía que la vida sexual con su esposa no había sido la mejor durante los últimos tres o cuatro años, pero esa disminución en el deseo era algo normal que experimentaban todas las parejas. La rutina iba creando un cierto adormecimiento que convertía la relación en una especie de hermandad cómplice. Pero no era como para salir a la calle a enloquecerse y a meterse en la cama con el primero que pasara. Y mucho menos entre látigos, correas y sexo grupal. Era de no creer que una mujer

como Valentina, aparentemente dueña de sus emociones, fría y calculadora, terminara amarrada e izada en el aire mientras otros fulanos se masturbaban o se preparaban para bajarla de allí y penetrarla a su antojo. Las imágenes le dolían en el alma.

También le hacía daño pensar que ellos dos habían tenido un hijo, Martín, quien en ese momento tenía exactamente diecisiete años de edad. Cuando el joven había cumplido recién los dieciséis los llamaron una tarde para decirles que se encontraba en una clínica debido a un accidente automovilístico. En el carro iban varios compañeros del colegio y uno de ellos murió. Lo cierto es que luego, ya en urgencias, les comunicaron que Martín tenía varias vértebras rotas y que estaba en coma. No se sabía a ciencia cierta la causa del accidente. Un mes más tarde, cuando el joven despertó, quedó en claro que no podía mover las piernas y que había perdido la sensibilidad de la cintura para abajo. Lo sometieron a varias terapias, pagaron los mejores médicos, pero al final tuvieron que aceptar lo irremediable: Martín quedó con una discapacidad de por vida.

A partir de entonces, el muchacho se volvió introvertido, silencioso y melancólico. Se cambió de colegio para no tener que enfrentar a todos sus amigos de infancia y se encerró en un mutismo del cual era difícil rescatarlo.

Por eso era tan complejo para Antón imaginar que mientras él daba la batalla junto a su hijo, Valentina se había dedicado a la lujuria, las drogas y el alcohol. Le habría gustado saber cuál era la explicación de llevar una doble vida licenciosa y llena de vicios. Le gustaría entender para no tener que juzgarla como lo estaba haciendo ahora.